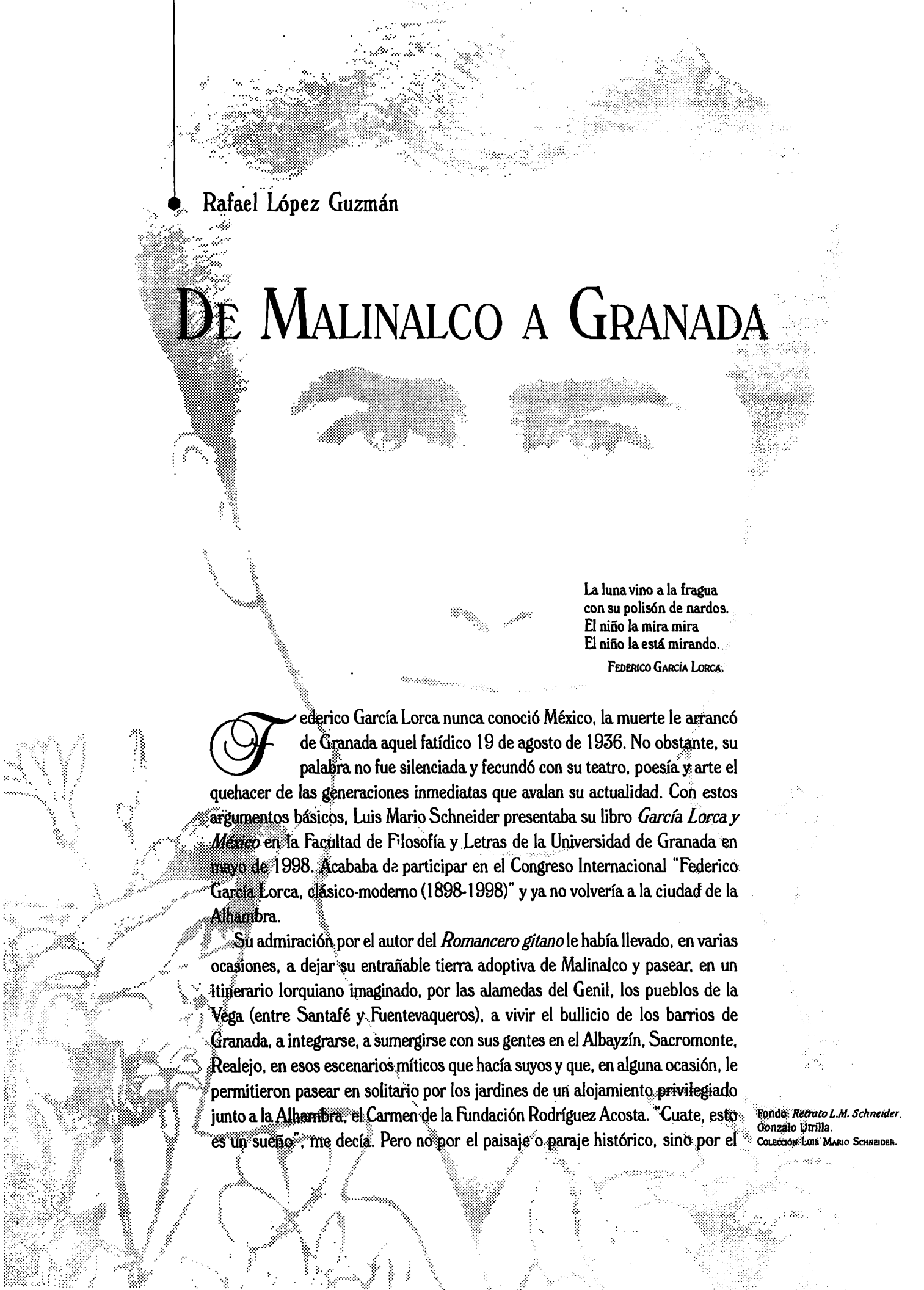




● Rafael López Guzmán

# DE MALINALCO A GRANADA

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira mira  
El niño la está mirando.

FEDERICO GARCÍA LORCA.

Federico García Lorca nunca conoció México, la muerte le arrancó de Granada aquel fatídico 19 de agosto de 1936. No obstante, su palabra no fue silenciada y fecundó con su teatro, poesía y arte el quehacer de las generaciones inmediatas que avalan su actualidad. Con estos argumentos básicos, Luis Mario Schneider presentaba su libro *García Lorca y México* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada en mayo de 1998. Acababa de participar en el Congreso Internacional "Federico García Lorca, clásico-moderno (1898-1998)" y ya no volvería a la ciudad de la Alhambra.

Su admiración por el autor del *Romancero gitano* le había llevado, en varias ocasiones, a dejar su entrañable tierra adoptiva de Malinalco y pasear, en un itinerario lorquiano imaginado, por las alamedas del Genil, los pueblos de la Vega (entre Santafé y Fuentevaqueros), a vivir el bullicio de los barrios de Granada, a integrarse, a sumergirse con sus gentes en el Albayzín, Sacromonte, Realejo, en esos escenarios míticos que hacía suyos y que, en alguna ocasión, le permitieron pasear en solitario por los jardines de un alojamiento privilegiado junto a la Alhambra, el Carmen de la Fundación Rodríguez Acosta. "Cuate, esto es un sueño", me decía. Pero no por el paisaje o paraje histórico, sino por el

Fondo: Retrato L.M. Schneider.  
Gonzalo Utrilla.  
COLECCIÓN: LUIS MARIO SCHNEIDER.

color íntimo de la flor, la caída del rocío entre las hojas o el animado silencio de los árboles balanceándose con las brisas matinales. Estaba, en aquella ocasión, primavera de 1993, impartiendo un curso programado por el "Seminario de Estudios Latinoamericanos" de la Universidad de Granada sobre "La literatura mexicana en el siglo XIX".

Quizá fue su estancia más intensa en Granada. A su dedicación como docente universitario iba uniendo, día a día, su sonrisa, su comentario siempre acertado (con "chispa" que decimos en Andalucía). Era la imagen directa de su satisfacción interior compartida con el amor que siempre conocimos y con los amigos. Alegre, vivo, con una actividad que no cesaba, renunciando al rito de la visita monumental por compartir espacios de grupos humanos, de historia viva. "Rafael, me voy al Rocío", aquel día estaba radiante, era una de sus ilusiones imposibles que ahora podía realizar. Se modificó su actividad universitaria y regresó entusiasta. Las marismas, la romería, la Andalucía folclórica y, a la vez, profunda y devota. ¡Cómo le gustaba la vida! Esa constatación del ser humano que aspira, que desea, que se frustra pero que sigue adelante y que nos dejó en sus relatos, en su poesía, en sus numerosos textos donde, al igual que en su búsqueda cotidiana, siempre hay un resquicio para la sorpresa, para lo mágico y para la opción frente al destino.

Pero Luis Mario sueña y comparte sus ideales. Los proyecta en su propia existencia cuando anhela la conversación con poetas, escritores noveles o se sumerge en la comunicación directa de sus clases impartidas en la Universidad, con alumnos despistados recién llegados a las aulas, los cuales anonadados se interrogan sobre la presencia de "este argentino que vive en Malinalco".

– ¿Malinalco?, pregunta alguien.

(Responde su poesía)

– Navego por los mapas, / quizá de Malinalco o sus cantinas, / en el ancla de un viaje detenido / en tu larga pupila / de sonámbula exquisita.

Ese viaje vital e ininterrumpido: "Vengo a Granada para ver lo que vio Federico, quiero saborear el aire, contemplar la luz y la luna". ¡Ay, la luna de Malinalco de aquel 18 de enero de 1999!

Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.  
Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
El aire la está velando

F.G.L.